



MANUELA INUSA

El anticuario mágico

Bienvenida a Valerie Lane, la calle más romántica del mundo

m̄r

MANUELA INUSA

EL
ANTICUARIO
MÁGICO

Serie Valerie Lane

Traducción de Noelia Lorente Romano

mr ediciones martínez roca

Título original: *Der zauberhafte Trödeladen*

© Blanvalet Verlag, una división de Grupo Editorial Random House GmbH,
Múnich, Alemania, 2018 www.randomhouse.de
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent. www.uklitag.com
© por la traducción, Noelia Lorente Romano, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Imágenes del interior
© Katerina Kirilova / Shutterstock

Primera edición: marzo de 2020
ISBN: 978-84-270-4707-5
Depósito legal: B. 2.914-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Era un domingo lluvioso y desapacible en la ciudad de Oxford. Ruby había esperado con ilusión poder ir al mercadillo aquella mañana; sin embargo, había tenido que marcharse al cabo de media hora porque los vendedores habían empaquetado su mercancía y habían desmontado sus puestos.

Qué pena, pensó Ruby. Le habría gustado llevarse alguna ganga, sobre todo porque sabía que no eran muchos los que visitaban el mercadillo con aquel tiempo. Pero, a excepción de una radio para su padre, un par de libros para ella y dos jarrones para su tienda, no se había hecho con nada. Aun así, no pudo evitar sonreír mientras subía las escaleras que llevaban al piso que compartía con su padre. Aquel aparato radiofónico de color verde chillón le gustaría, estaba segura. La antigua radio había pasado a mejor vida y su padre ya empezaba a estar nervioso porque no podía oír los resultados deportivos.

—Ruby, ¿eres tú? —oyó que la llamaba en cuanto abrió la puerta y entró en el piso.

—¿Quién va a ser, si no? —contestó ella en dirección a la sala de estar.

—Quizás un ladrón.

—Pero, papá, no tendría llave para entrar. —Meneó la cabeza, divertida, y se quitó la chaqueta mojada y las botas de cordones, que estaban empapadas.

—Podría habértelas robado.

—¿Y cómo iba a saber dónde vivo?

Su padre apareció sonriendo por la puerta de la sala de estar.

—Bueno, podría haberte robado la cartera con tu carné de identidad.

Ruby sonrió.

—No voy a dejar que me roben, papá, no te preocupes. —Se apartó el cabello húmedo de la cara.

Al salir esa mañana temprano de su casa su padre aún dormía.

—¿Has encontrado algo bonito? —quiso saber él.

Llevaba el cabello gris revuelto, aunque eso no se debía tan sólo a que fuesen las ocho y media de la mañana. No era raro verlo un poco despeinado; no le daba importancia a su aspecto, fácil de reconocer por los pantalones de chándal de color naranja y la camisa de rayas azules y blancas.

—Claro que sí. Mira lo que te he traído.

Ruby fue a coger su bolsa de algodón y sacó la radio.

También saltaron un par de gotas de lluvia que acabó secando con la manga de su blusa.

Su padre le quitó el aparato de las manos, se lo quedó mirando, lo acercó a su cara y sonrió satisfecho.

—¿Y funciona?

La miró interrogativamente al tiempo que inclinaba la cabeza. Ruby no era lo que se dice bajita; medía más de metro setenta, pero su padre era bastante más alto.

—Por supuesto. Tiene las pilas puestas; puedes probarla enseguida.

Le mostró dónde se hallaba el botón de encendido y apagado. Después de probar, apretar y girar los botones, y encontrar por fin su emisora preferida, su padre regresó a la sala de estar con la radio y se sentó en el sofá en el que nadie más que él podía sentarse.

Ruby lo siguió.

—Así qué, ¿te gusta? —preguntó. Su padre sonrió y asintió—. Me alegro. Entonces iré a preparar el desayuno antes de irme a la tienda. ¿Qué te apetece comer hoy?

—Huevos.

Cómo no. Era la semana de los huevos. Hugh Riley tenía aquel tipo de manías: quería comer lo mismo durante una semana entera: por la mañana, al mediodía y por la noche. Aquella semana tocaban huevos, pero por lo menos se mostraba lo bastante flexible como para que ella pudiese cocinarlos de diversas maneras. No siempre era así.

—¿Cómo los quieres? —le preguntó.

—Pues de gallina. A no ser que me hayas comprado uno de avestruz...

Ruby no tuvo más remedio que reírse.

—No, papá. Te preguntaba si querías los huevos revueltos, fritos o cocidos. ¿O prefieres una tortilla?

—A ver...

Vaya. Por la expresión de su cara se dio cuenta de que lo había abrumado. No debería haberle dejado escoger; tendría que haberse limitado a cocinarlos y ya está.

En ocasiones se preguntaba si no aprendería nunca que su padre ya no era el mismo desde que su madre había fallecido hacía tres años, que ahora debía tratarlo de un modo distinto.

—Haré huevos revueltos para los dos, ¿de acuerdo?

Su padre asintió y Ruby se dirigió a la cocina no sin antes haber comprobado que los libros del mercadillo no se habían mojado en la bolsa. Gracias a Dios no era así, aunque de todos modos habría sabido qué hacer en ese caso. En la parte posterior de su cabeza tenía almacenado cerca de un millón de consejos y trucos útiles para cualquier situación de la vida. Se frotó el cabello seco y fue a la cocina, donde cocinó los huevos al tiempo que observaba por la ventana. ¡Menudo día triste y lluvioso! Quién sabía si la gente saldría de su casa y recorrería Valerie Lane hasta el final...

Dos horas después, Ruby se disponía a abrir la puerta de su tienda. A pesar de que los domingos no todos los comercios pequeños de la ciudad abrían, las dueñas de las

tiendas de Valerie Lane habían acordado hacía años que se amoldarían a los horarios de los grandes almacenes que había en Cornmarket Street (de donde partía su pequeña calle) para que sus clientes pudiesen comprar tranquilamente entre las once de la mañana y las cinco de la tarde.

Desembaló los dos jarrones que le había comprado a una mujer mayor en el mercadillo de segunda mano y los contempló ensimismada. Uno de ellos, blanco con unas fascinantes florecillas pintadas, parecía más antiguo de lo que Ruby había pensado en un principio. En su parte inferior aparecía el sello de una compañía. Lo reconoció con ayuda de una lupa y de ese modo pudo clasificarlo correctamente. El sello indicaba que se trataba de una pieza de los años treinta, de los cuarenta como mucho, pues dicha compañía había fabricado hasta principios de los años cuarenta. Se preguntó si la vendedora lo sabría. Seguro que no; de lo contrario, no se lo habría vendido por doce libras, una ganga.

Ruby empezó a sentirse culpable por ello. Sí, así era ella. Era algo que a veces la sacaba de quicio. Al fin y al cabo tenía un negocio que dirigir, y ella y su padre debían llegar a fin de mes.

Su padre no trabajaba desde hacía años. ¿Quién querría contratar a un loco? Al menos era así como lo veía la gente; la gente que no lo conocía, la misma que no sabía de su sufrimiento.

Oyó la campanilla de la tienda, se dio la vuelta y dibujó una sonrisa en su rostro.

—Buenos días.

Dos mujeres de unos cincuenta años entraron en el local y echaron un vistazo a su alrededor. Se dirigieron a las mesas donde había lámparas antiguas, espejos, joyeros, jarrones, porcelana y cajitas de música. Observaron los cuadros que había colgados en las paredes, frente a los estantes. Se detuvieron un buen rato delante de una de las sillas antiguas y examinaron el gramófono que se hallaba allí desde hacía años. Pero por desgracia no compraron nada, así que Ruby se llevó los jarrones a la parte de atrás. Más tarde los lavaría bien, les sacaría brillo y les pondría el precio, que con toda seguridad sería superior a las doce libras.

—¡Ruby! ¿Estás ahí? —escuchó que alguien la llamaba.

No había oído la campanilla. ¿En qué estaría pensando?

Se apresuró a salir.

—Hola, Laurie. ¿Cómo estás?

—Bueno, no puedo quejarme —contestó la joven pelirroja cuya tienda estaba dos puertas más allá de la suya. En Laurie's Tea Corner se vendía el té más delicioso del mundo—. Toma, pensé que debías probarlo —dijo ofreciéndole una taza a Ruby.

—Oh, qué detalle. ¡Gracias! —Ruby la cogió y enseñada tuvo que dejarla porque el té estaba demasiado caliente—. ¿De qué es?

—De hierbaluisa y pimienta roja. Viene de Guatema-

la. —Mientras Laurie se lo explicaba y gesticulaba alegremente, su falda anaranjada se balanceaba de un lado a otro.

—Suenas interesante. En cualquier caso, voy a probarlo. Por cierto, ¿tú también tienes poca clientela? —Por lo general la tienda de Laurie estaba siempre hasta los topes—. Te lo pregunto porque como vienes a media mañana...

—Ahora tengo a una ayudante. Me refiero a Hannah, la artista.

—Es verdad. ¡Eso está muy bien!

En el fondo, Ruby envidiaba a Laurie. Su tienda debía de marchar muy bien si podía permitirse que alguien la ayudara. Keira, la joven de la chocolatería, también contaba con una ayudante. Pero Ruby no podía ni plantearse en absoluto; tenía que estar en la tienda desde la mañana hasta la noche, así que no le quedaba tiempo para hacer nada más. Tampoco es que tuviese algo mejor que hacer que dedicarle tiempo a su querida tienda. No salía formalmente con nadie así que, a excepción de su padre, nadie la necesitaba. Además, mientras estaba en la tienda podía dedicarse a sus aficiones; siempre llevaba consigo los viejos clásicos y las biografías que tanto le gustaba leer, así como su bloc de dibujo.

—¿Vendrás el miércoles? —le preguntó Laurie.

—Claro que sí.

Desde unos días antes siempre esperaba ansiosamente a que llegara la tarde de los miércoles. Era el día en que

todas se reunían en Laurie's Tea Corner para charlar juntas mientras tomaban una taza de té acompañada de chocolatinas. Se trataba de una tradición que había iniciado la bondadosa Valerie hacía más de cien años. Ésta pensaba que debía proporcionar un refugio a aquellas personas que necesitaban ayudar o, simplemente, ofrecerles una bebida para entrar en calor.

—Susan no puede venir. Tiene una cita. —Susan era la dueña de la tienda de lanas que había al otro lado de la calle.

—Qué pena.

—Sí. —Laurie la miró pensativamente—. ¿Y tú cómo estás, cariño? Pareces cansada.

Las demás chicas siempre la llamaban «cariño» o «chiquilla» porque era la más joven de todas. Acababa de cumplir los veinticuatro años y ya hacía casi tres que llevaba su propio negocio. Debido a circunstancias inesperadas no le había quedado más remedio que aprender a asumir responsabilidades desde muy joven.

—Estoy bien, gracias. —No hacía ninguna falta que todo el mundo supiera lo mal que le iba el negocio. Laurie ya tenía suficientes preocupaciones—. Esta mañana he estado en el mercadillo de segunda mano y he encontrado dos jarrones fantásticos. ¿Quieres verlos?

—Claro, enséñamelos.

Ruby fue a buscarlos y se los mostró con orgullo.

—Vaya. Éste sí que me iría bien. ¿Cuánto cuesta? —Laurie señaló el jarrón que Ruby consideraba más costoso.

—Aún no lo sé muy bien. Tengo que investigar un poco, pero diría que es de los años treinta y que tiene algún valor. Con suerte podré venderlo por cuatrocientas libras.

—Ah. Bueno, yo no puedo permitírmelo. —Laurie sonrió—. Aunque sin duda es bonito; precioso. En realidad no me importa demasiado que los objetos sean antiguos o valiosos. Por mí pueden ser de la sección de decoración de Primark, ¡mientras sean bonitos! —Se rio.

Naturalmente Ruby veía las cosas de un modo algo distinto. Sin embargo, tomó nota de ello. Echaría un vistazo a piezas de esas características. En ocasiones era posible encontrar cosas pequeñas y bonitas a muy buen precio. Además, le gustaba complacer a sus amigas.

Laurie siguió hablando durante un buen rato. A Ruby no le molestó porque no tenía nada que hacer. De vez en cuando alguien entraba en la tienda, echaba un vistazo y preguntaba por algún objeto en particular. Sin embargo, los domingos eran, por lo general, días tranquilos, y aquél no era una excepción. Los demás días de la semana tampoco eran mucho mejores.

—¿Te has enterado ya? Tobin tiene novia —contó Laurie emocionada.

Tobin era la comidilla de Valerie Lane desde que había abierto el local vacío a mediados de febrero.

—No, no lo sabía.

¿Cómo se enteraba Laurie de ese tipo de cosas? Ruby tenía la sensación de ser siempre la última en enterarse de

todo. Por otro lado, ella no era de las que se pasaban el santo día hablando con cualquiera que se cruzara por su camino, cosa que sí que hacía Laurie: le encantaba cotillear y reírse, y todos la adoraban. En cambio, ella era más bien una persona callada. A decir verdad, apenas hablaba delante de sus clientes. No era la persona adecuada para charlar acerca de niños, perros, moda, gente famosa o, menos aún, problemas de pareja. Aunque si se trataba de un tema histórico estaba absolutamente disponible.

—Es guapísima, muy delgada. Se parece un poco a Orchid.

Orchid era la quinta amiga del grupo. Tenía una tienda de regalos al otro lado de la calle, justo delante de Ruby's Antiques.

—Mantenme informada.

Ruby miró a Laurie y rezó por que ésta se marchara enseguida. Quería ponerse manos a la obra con su nueva adquisición; deseaba saber de dónde provenía exactamente el jarrón.

—Bueno, ya me voy —dijo Laurie como si le hubiese leído el pensamiento—. Ya te he entretenido lo suficiente.

—No digas tonterías, ha sido agradable hablar contigo. Y gracias de nuevo por el té.

Se dio cuenta de que ni siquiera lo había probado. La taza seguía llena encima del mostrador. Laurie se había pasado casi media hora hablando y seguro que entretanto el té se había enfriado.

Ruby le dio un sorbo.

—¿Qué tal? —preguntó Laurie con los ojos brillantes.

—Riquísimo —contestó Ruby haciendo una mueca para sus adentros.

¿A quién se le ocurría beber pimienta? El té sabía como si le hubiesen añadido pimienta al agua hirviendo, junto con una rodaja de limón. Además, picaba mucho. Debía admitir que Laurie casi siempre tenía unos tés fantásticos, pero aquél no era precisamente uno de ellos.

Tan pronto como se marchó, Ruby vertió el té en el fregadero y bebió un sorbo del zumo de manzana que se había traído. A continuación se sentó en el taburete junto a su mesita de trabajo, sacó su ordenador portátil y empezó a navegar por internet.